



**EL CAPÍTULO DE CANARIAS EN EL ISLARIO DE  
ANDRÉ THEVET**

**EDUARDO AZNAR VALLEJO**

Los inicios de la Historia Canaria cuentan con dos momentos especialmente ricos en información: el representado por las Crónicas de la Conquista y el de los grandes autores de finales del siglo XVI, caso de Torriani, Espinosa o Abreu Galindo. La obra de estos últimos prueba que entre ambos momentos persistieron fuentes y tradiciones históricas, que creemos no totalmente desveladas. Por esta razón, parece interesante aducir nuevos testimonios, que, al estar en contacto con ellas, permitan completar y contrastar los datos ya conocidos. Este propósito cuenta ya con algunas aportaciones, como la ofrecida por F. Morales Padrón en *Canarias en los Cronistas de Indias* "Anuario de Estudios Atlánticos", 10, 1964. Consideramos que las mismas deben extenderse a autores no hispanos, como en su día hizo A. Cioranescu con la publicación de *Thomas Nichols. Mercader de azúcar, hispanista y hereje* (La Laguna, I.E.C., 1963), lo que proporcionaría, además, un reflejo de la imagen del Archipiélago en Europa. En esta segunda vía se inserta nuestra comunicación, que pretende dar a conocer la visión de un viajero francés del siglo XVI.

Su autor es André Thevet (1503-1592), cosmógrafo real, que visitó diversas partes de Europa, Cercano Oriente y América del Sur. Sus observaciones se plasmaron en varias obras, una de las cuales: *La singularitez de la France antartique* (1558), movió a Thomas Nichols a redactar su *Descripción de las Islas Afortunadas* (1583), para rebatir algunas de sus informaciones. La que hoy presentamos no llegó a ver la luz de la imprenta y fue compuesta en los últimos años del autor, posterior por tanto a *La Cosmographie Universelle* (1575), su trabajo más conocido y completo. Su título exacto es *Le grand Insulaire et pilotage d'André Thevet, Angoumoisain, cosmographe du Roy, dans lequel sont contenus plusieurs plants d'isles habitées et deshábitées et description d'icelles* y se conserva en la Biblioteca Nacional

de París, bajo la signatura Mss. Français 17.174 (si bien existe otro ejemplar en Mss. Français 15452). Su fecha de redacción es 1586, aunque recoge experiencias bastante anteriores.

Sus fuentes de información son sus propios viajes, de los que conocemos dos al Archipiélago —el segundo de ellos en 1555—, y la abundante bibliografía manejada. En ésta figuran escritores españoles, fundamentalmente los relacionados con Indias, y en especial Lopez de Gomara, y otros europeos, caso de los grandes especialistas de la época en descripciones geográficas: Munster, Boesme o Belleforest, sin olvidar por ello autores clásicos como Plinio, Solino, etcétera. Se trata además, de un hombre puntualmente informado, como queda patente en su cita de la obra de fray J. Gonzalez de Mendoza, publicada el año anterior a la redacción del manuscrito y de la que hubo traducción francesa hasta dos años después de concluido el mismo. En general, es crítico con sus contemporáneos, a quienes no acepta sin contraste previo con su propio conocimiento u opinión. No sucede así con los autores y fuentes anteriores, de los que a veces presenta versiones discordantes. Esto se debe, sin duda, a la imposibilidad de hacer una comprobación personal, base según él del saber de los “modernos”. De ahí su acritud hacia los compiladores y escritores “de gabinete”, como Belleforest o López de Gomara. Su obra deja traslucir en algunos momentos la situación de enfrentamiento existente entre españoles y franceses, lo que le hace caer en algunas interpretaciones pintorescas, como en el ataque de Pie de Palo a La Palma; pero normalmente se mantiene en unos niveles de comedimiento. El conjunto resultante es un buen exponente del conocimiento europeo de las Islas y del saber cosmográfico de la época, de alcance limitado, pero no exento de informaciones valiosas y, en algún caso, novedosas, como en lo relativo a la expedición de don Luis de la Cerda.

Nuestra labor en esta empresa científica ha consistido en la traducción y anotación del texto. Hemos prescindido, por tanto, de la edición simultánea del mismo, ya que consideramos que ésta debe hacerse en forma íntegra, pues la obra tiene mérito e interés suficientes. La traducción ha respetado, hasta el límite de lo posible, el estilo y la puntuación del autor, sacrificando a este intento algunos valores literarios pero no de comprensión. El comentario, por su parte se ha orientado a situar el contenido de la obra en su contexto histórico, tal como lo conocemos por otras fuentes y autores. Por ello, hemos limitado nuestra intervención a los aspectos netamente relacionados con el conocimiento histórico y concernientes al Archipiélago. Hemos omiti-



do comentar, así mismo, algunos temas harto conocidos, como puedan ser las referencias a las figuras de Sertorio o Juba y otros aspectos de la historiografía clásica, ampliamente contemplados en los magníficos comentarios de A. Cioranescu a las obras de Torriani, Abreu Galindo, Viera, etcétera. La glosa del texto va estructurada en notas fuera de texto, que permiten una fluidez de lectura y que no interfieren en la estructuración de la obra. El alcance de las mismas se limita a la cabal explicación del texto, huyendo, por tanto, de informaciones suplementarias y eruditas.

Dicho esto, pasemos al texto de Thevet y a su comentario.

#### ISLAS CANARIAS

/fol. 69 r°/

Habiendo dejado el estrecho de Gibraltar, del que hemos hablado más arriba, comenzamos a surcar el mar contiguo al continente, durante buen trecho hasta que encontramos varios escollos a flor de agua. Omito describir aquí las comodidades, incomodidades y peligros de este mar, conjunto de cosas contenidas en el Reino de Marruecos, puesto que os lo escribí ampliamente tanto en mi Historia Cosmográfica como en mi Libro de Hombres Ilustres, en los que representé el retrato al natural del gran Cherif [sic por Jarife] que vivió en nuestra época, cuya historia fui el primer historiador que sacó a la luz. Sé bien que no hace mucho un señalado personaje llamado Nicolás Vignier, médico, ha osado decir en su libro de la Biblioteca Histórica, a pesar de no haber visto nada, salvo lo que ligeramente compiló y tomó de mí, que Juan León y Osorius habían hablado de ello antes que yo, cosa que niego: es verdad que los susodichos hablaron en pocas palabras de cierto Zerif, y no Cherif, que vivió largo tiempo antes que éste, que fue después rey de Marruecos, Fez, Sus y Tremecen, y que había nacido cerca de las montañas del Atlas. Zerif era de la Alta Nubia y nació en la ciudad de Borne, que toma



su nombre de un gran lago, que está próximo; de tal manera que aunque los dos personajes fuesen africanos, estaban alejados el uno del otro mas de 450 leguas. Lo que alega el dicho Vignier tampoco es verdad en lo que cuenta de los turbantes de los persas, que dice ser rojos, cosa mal comprendida por él, dado que sus turbantes son blancos como los de los turcos, que ellos llaman quezelbas. Los armenios y georgianos les dan el nombre de cash-hictz, y sus mujeres llevan sobre la cabeza un lienzo blanco y delgado, que llaman en su dialecto siriaco lescheque, y sus pendientes caucheles. Ved como se equivoca este pobre hombre, lo mismo que hace el hablar de Egipto, donde dice que hay una ciudad llamada Siras mucho mas grande /fol. 69 v°/ rica y opulenta que el gran Cairo. Yo he vivido cerca de 6 años en Egipto, sin haber oído hablar de esta ciudad de Siras, imaginada según me parece. Para volver a nuestra ruta, pusimos proa al sur, soplando el viento de la banda del Norte, y navegamos, teniendo viento favorable, toda la noche con la «bourse» [vela al tercio] y la gavia, hasta el día siguiente en que apercibimos al Cabo de Cantin, distante unas 5 leguas de la isla de Lanzarote, que tiene su punta en la parte de Noroeste. De esta parte se descubre un pequeño roque, alrededor del cual hay bastante profundidad y buen anclaje. A la mañana siguiente fuimos a explorar la orilla de dicha isla, cuya descripción y la de todas las otras islas Afortunadas, llamadas Canarias, os represento en planta para contentar al lector, pilotos y marineros. Al otro día por la mañana fuimos a explorar el interior de la isla, hasta las cinco, en que pusimos rumbo a la otra banda, de tal manera que corrimos y doblamos la punta. Toda la costa de la isla de Lanzarote es baja y poco montañosa. En los alrededores de esta isla, en la cima de algunas montañas y en pequeñas chozas apercibimos ciertos moros esclavos, que hacían vigilancia por mandato de sus señores<sup>[1]</sup>. Lo que aceptan de buena gana los otros insulares. Es-

---

1. La dedicación militar de los esclavos moriscos de Lanzarote y Fuerteventura es, a pesar de la extrañeza del autor, recogida por otras fuentes, en especial por Gregorio CHIL Y NARANJO, quien en sus *Estudios históricos, climatológicos y patológicos*





tos esclavos están alertas y prontos a correr hacia la parte donde se presenta la ocasión, desde que se aperciben de navios extranjeros. En verdad, pocos franceses e ingleses desembarcan en estas islas Afortunadas, o Canarias, que no pierdan algunos de sus hombres, o que no reciban una buena paliza, si no son los mas fuertes. Sobre las diez de la noche nos hicimos a la vela, poniendo el rumbo al sur, que nos condujo a la isla de Fuerteventura. Y el piloto debe anotar aquí que hay entre estas dos islas, a saber Lanzarote y Fuerteventura, un gran «forillon», si es preciso que hable como marinero, que no es otra cosa que un roque puesto en la mar o en /fol. 70 r°/ alguna isla y que se eleva en forma de faro, el cual puede ser reconocido de 4 ó 5 leguas desde el mar. Fuerteventura es montañosa, arenosa y en su mayor parte desierta, bastante cerca una de otra. Habiendolas reconocido de inmediato, viniendo del norte navegamos hacia la parte opuesta, es decir la parte del Sur o de Midi, hasta Fuerteventura. No aproximamos nuestro navío a esta isla, así que vinimos a echar el ancla, al faltarnos el viento a la rada de la isla de Canaria, que lleva el nombre de todas las otras islas, habiendo dejado varias isletas deshabitadas. A la derecha, esta isla de Canaria es de tierra baja y arenosa, teniendo un fuerte en el que hay milicianos o soldados. Bastante cerca de él vimos un gran mogote, que parece una isla. En medio de éste aparecen tres protuberancias de tierra, en forma de triángulo, que están pegadas a la gran isla, la cual está muy próxima al castillo. Brevemente, tal como me he apercibido, todas estas islas son en su mayor parte desiertas y poco agradables. El terreno es muy caluroso. Esta isla es reputada como la mejor de todas por el tráfico de azúcar y de lino que aquí se recoge<sup>[2]</sup>. Habiendo levantado el ancla, con las velas bajas, comenza-

---

*de las Islas Canarias* Las Palmas de Gran Canaria, 1876-1879 Tomo III, pág. 581), señala que «numerosos mahometanos formaban cuerpos de milicias en Lanzarote y Fuerteventura».

2. Destaca en esta mención la importancia concedida al lino, pues la del azúcar es de sobra conocida. Debía de tratarse de un auge reciente, pues ni en los protocolos notariales del primer del siglo XVI ni las Ordenanzas de dicha Isla (1531) se hace



Elevación  
de  
Gran  
Canaria

mos a descubrir la isla del Pico de Tenerife, que por su gran altura, debida a una montaña que está allí, se puede descubrir en plena mar de doce o quince leguas, lo que es una de las maravillas del mundo, como os relaté bastante ampliamente en mi *Cosmografía*. Por ello, me excuso de deciros mas. Aunque esta isla nos quedaba al Oeste-Sudoeste, corrimos toda la costa al Noroeste, donde vimos algunas casillas por las colinas y montañetas, y estando alejados tres leguas de la tierra hicimos un largo y tomamos el camino del sudoeste para ir a tomar agua; pero los españoles que habitan estas islas no quieren nunca permitir /fol. 70 v°/ que se haga aguada aquí. Entre tanto, el viento cambió al sudoeste, con un poco de sur, lo que nos hizo andar muy poco camino, surcando el mar de aquí y de allí para ganar terreno. Al día siguiente, sobre las tres de la madrugada tuvimos viento tan fuerte y olas tan altas, que nos condujeron a pesar nuestro a la parte del noroeste, teniendo solamente las velas bajas; la continuidad de este viento desatado hizo que el barco en el que yo estaba se quebrase, lo que obligó a sacar la bonete y a arrizar los «papefix», lo que se hizo no sin gran miedo de naufragio. Esto duró hasta el día siguiente sobre las seis de la mañana, cuando se guindaron las velas, teniendo viento del Noroeste muy favorable que nos condujo con la bonete todo aquel día. Antes de pasar más allá, hay que hacer constar que Gran Canaria se encuentra en un clima dulce y agraciado, sobre la misma altura que diré después. Debo deciros igualmente la etimología del nombre de los Canarios y la posición y meridiano de las Islas de Canaria, situadas en el costado occidental de Mauritania; presentándose el tema tan a propósito, no he querido dejarlo escapar sin daros razón, tal como os la presento aquí, dejando por describiros las Islas de Palma, Gomera y Hierro. Prosiguiendo nuestro camino, comenzamos a en-

---

mención al trabajo del lino. Conviene recordar, por otra parte, que las Ordenanzas Viejas de Tenerife (1542), señalan que «de poco tiempo a esta parte se ha comenzado el trato de los linos e linços» (Vid. ARCHIVO MUNICIPAL DE LA LAGUNA—N 14. Ordenanzas Viejas, títulos «de las aguas y abrevaderos» y «de los oficiales»).



Jan de Boesme y Belleforest se equivoca

contrar casi todo el mar cubierto de pescado de todas las especies; dejando la isla de madera a la derecha, tan celebrada por el vino y el azúcar, vino que dicen mas delicado que las malvasias de Candia, como os he dicho en otro lugar. Había olvidado decir y advertir una falta muy grave hecha por Belleforest en el libro que glosó de Jan de Boesme, capítulo noveno, donde dice que estas islas de Canaria son así llamadas por el número de perros que mantienen<sup>[3]</sup>. La cosa es tan falsa como lo que dice después de que hay cuatro habitadas por cristianos y tres pobladas por idolatras<sup>[4]</sup>. Y que no tienen ninguna certidumbre de religión, por lo que unos adoran al sol /fol. 71 r°/ y otros a la luna, forjándose cada uno un Dios tal como lo ve en la fantasía. Lo que es muy falso. Pues están pobladas de españoles, a saber Canaria, de la que todas las demas llevan el nombre, Tenerife y La Palma. El pobre hombre se equivocó mucho; y otros tanto como él, puesto que son las tres islas mas fértiles y mas pobladas de cristianos del conjunto. He aquí lo que es hablar de memoria y sin experiencia alguna. Para no ser demasiado largo me ha parecido suficiente poner de relieve las tres principales de las Canarias, que han dado nombre a las demas, y las han hecho conocer en todas partes. En cuanto a la Gran Canaria, se ve la relación que tiene con el nombre de las otras Canarias; pero también deben su apelación a Tenerife, puesto que la montaña del Pico, que está en esta isla, antiguamente fue llamado Elbard, y dió nombre al resto de las Canarias, como mostraremos en el capítulo de Tenerife.

Mar de las

El mar que está entre España y las Canarias es llamado por algunos el mar de las Yeguas<sup>[5]</sup>. La razón es la siguiente. El

3. François de BELLEFOREST es un cosmógrafo francés del siglo XVI, cuya principal obra es la *Cosmographie Universelle*, publicada en París en 1575. Buena parte de su trabajo consistió en la glosa y ampliación de otros autores, como Boesme o Munster.

4. En este caso, Belleforest sigue a Alvise CA DA MOSTO (Vid. *Relato de los viajes a la costa occidental de Africa*. Lisboa. Academia Portuguesa da Historia. 1948-1950. Cap. VII), sin reparar en que este autor escribe en 1456-57, antes de la incorporación de las islas mayores a la Corona de Castilla.

5. Esta explicación difiere de la de Gonzalo FERNANDEZ DE OVIEDO en *Historia general y natural de las Indias* (Cf. F. MORALES PADRON: *Canarias en los Cronistas de Indias*, "Anuario de Estudios Atlánticos" 10 (1964); pág. 210), que la



Ye-  
guas

año mil quinientos catorce sucedió que los Africanos que poseían entonces estas islas, por el buen pasto y la benignidad del aire que veían en estos lugares, deliberaron poblarlas de diversos géneros de animales, entre otros, de un gran número de yeguas, y algunos caballos, que quisieron transportar de una tierra a otra, pero los barcos se perdieron, ahogándose tanto hombres como bestias. Desde aquel tiempo, los bárbaros que lindan con esta costa marina le han dado el nombre de d'Araad, a causa de los grandes truenos, así llamados por los africanos, que allí son muy frecuentes, principalmente cuando el sol se aproxima a nuestro trópico de verano, lo que sé muy bien por haber visto y sentido tales tormentas. En este lugar el flujo corre de una manera impetuosa /fol. 71 vº/, principalmente con vientos del sudoeste y nord-nordeste desenfrenados. Habiendo llegado a la rada de la isla de Canaria, la que está a la parte del este (pues hay varias radas), hay que echar el ancla al noroeste o al oeste noroeste, en línea recta a un pueblo llamado San Vicente<sup>[6]</sup>. Por otra parte, ha habido dificultades sobre el número de las Canarias. Unos dicen que sólo hay seis, otros ponen siete, a saber Canaria, Tenerife, Gomera, Lanzarote, Fuerteventura, La Palma y El Hierro; otros añaden otras tres, a saber la Isla Blanca, así llamada a causa de las arenas blancas que allí aparecen, la isla de Argazze, o de las urracas, porque dicen haber en ella cantidad de tales pájaros, y la tercera de los corazones [coeurs, por cuervos?], pero temo mucho que estos últimos tomen las Islas de Cabo Verde por estas<sup>[7]</sup>. Otros añaden a las siete las de Roexe [sic, por Roque], Alegranza y Graciosa. Personalmente, me coloco del lado de los que sólo reconocen siete. Pues si se trata de contar todos los pequeños islotes

---

pone en relación con los animales arrojados por las flotas camino de Indias. En cualquier caso, su argumentación es insostenible por la fecha consignada, en la que no existía dominio africano en las Islas.

6. Se trata, seguramente, de una confusión, pues tal nombre no está documentado por ningún tipo de fuentes.

7. Tales denominaciones no corresponden tampoco al Archipiélago de Cabo Verde.





Error del capitán Jan Alphonse vacios y separados, de los que unos solo tienen media legua y otros una, estoy convencido que serían más de treinta. Así se equivocó grandemente el capitán Jan Alphonse, quien para perfeccionar el número de estas ocho Canarias hace mención de la isla de Fuego; si pretendía hablar de la de Cabo Verde se alejó demasiado, más aún si pensaba forjar entre las Canarias otra digna del nombre de Tenerife, por lo que es necesario que vuelva al punto de nuestras siete<sup>[8]</sup>. Estas Islas Canarias están situadas hacia la costa occidental de Mauritania, en el cabo que llaman de Bojador, a doscientas leguas de España. Están sometidas al comienzo del segundo clima, sexto paralelo. Su día más largo es de trece horas un cuarto. Es en estas islas, en las que los antiguos geógrafos queriendo describir toda la superficie de la tierra redonda /fol. 72 r°/ y las verdaderas distancias de dos lugares particulares, colocaron primeramente un grado y medio exacto y seguro, y de allí, según la sucesión de los números, viniendo de este a oeste describieron toda la masa de la tierra<sup>[9]</sup>. En cuanto a nuestra Canaria, que es otra de las más renombradas, escircular y bastante montañosa, pero al pie de los montes se ven los más bellos jardines que es posible contemplar y donde crecen los mejores frutos del mundo y de simples los más singulares y muy buscados por nuestros "simplicistas". En otras, hay una planta y especie de palmeta que tiene las hojas como el hinojo, pero más anchas y ásperas, de la que extraen el agua y se la dan a los que sufren dolores de cólico pasión [sic] o a los que vomitan sangre, y se encuentra de dos maneras: una negra, cuyo jugo es muy amargo, y la otra blanca, que echa un licor dulce y agradable para beber<sup>[10]</sup>. Pero no sé si

Isla de Canaria

Planta de ferula

8. Se trata de Jan Alfonse (o Alphonse), marino, de origen controvertido, al servicio de Francisco I, cuyas peripecias se recogieron en *Les voyages aventureux du capitaine Jan Alfonse...* (Poitiers, 1559). Sus actividades como corsario en las Islas pueden seguirse en A. RUMEU DE ARMAS: *Piraterías y ataques navales contra las Islas Canarias*. Madrid. C.S.I.-C. 1945-1950. Págs. 101-110

9. Parece referirse a Tolomeo.

10. Las referencias a estas férulas están tomadas de Plinio. Alonso de Santa Cruz relaciona una de ellas con el Garoé (Cf. F. MORALES PADRON: *Op. cit.*, pág. 195). También se denominan palmetas o cañahejas. Bajo esta última voz las recoge VIERA



los simplicistas la catalogarán como palmeta, atendiendo a que la que vive en Italia y en otros lugares de Europa es baja y la de Canaria es igual a varios de nuestros arbustos. Esto debe atribuirse a la tierra, que provee de tal manera humor a las plantas, que lo que aquí sería pequeño se amplía allí como lo mas grande, no variando en nada esta amplitud la proporción del grosor y la anchura. Además de ésta, crece aquí otra hierba en lugares rocosos y por las montañas, que llaman «oricelle» [por orchilla], y no solamente en esta de Canaria sino en todas las otras, en especial en la de El Hierro, la cual recogen tan diligentemente como se hace con el pastel de Languedoc<sup>[11]</sup>. Se encuentra también en diversos lugares de Africa. Los árabes le dan el nombre de «Gereth». Es con esta hierba con la que se tiñe tan lindamente los cordobanes que se compran en España, y ha sido considerada tan limpia para el curtido que se usa ya en diversos lugares de Europa. En cuanto al descubrimiento de estas islas, lo trato en la isla de Tenerife, así como de las costumbres de los insulares y otras singularidades de las que el lector podrá estar informado por lo que traté en mi Cosmografía. Antes de concluir este capítulo /fol. 72 v'/ añadiré dos palabras para advertir que la Gran Canaria, de la cual doy el plano ahora, se encuentra a veintiseis grados y medio de latitud y veintisiete grados de longitud. Y después, que fueron llamadas Afortunadas por los antiguos, a causa de que los cartagineses habiéndolas alcanzado las olvidaron hasta el punto de decir que eran tan sanas, tan fértiles y abundantes de todo lo necesario para la vida del hombre, que sin trabajo o preocupación los habitantes vivían largamente y sin sentir molestia ni enfermedad ninguna. Y la cosa llegó hasta el punto de que

Y CLAVIJO en su *Diccionario de Historia Natural* (Las Palmas de Gran Canaria, 1866; 2.<sup>a</sup> ed. Santa Cruz de Tenerife, 1942; 3.<sup>a</sup> ed. Las Palmas de Gran Canaria, 1982).

11. Tanto los datos de ubicación como los de aprovechamiento son correctos, aunque la primacía de El Hierro resulta novedosa e, incluso, en cierta contradicción con lo que el autor dice de dicha isla (Vid. E. AZNAR VALLEJO: *La integración de las Islas Canarias en la Corona de Castilla (1478-1526). Aspectos administrativos, sociales y económicos*. San Cristóbal de La Laguna, 1983. Págs. 419-421).

fue-  
ron  
lla-  
madas  
Afor-  
tuna-  
das.

Lin-  
tres  
o  
mono-  
xiles.

algunos, mas rezumados que sabios, no tuvieron ningún reparo en decir que estas islas eran el Paraiso Terrestre. Para decirlos la verdad, estas islas, en lo que producen y en los lugares donde son fértiles, sobrepasan la abundancia de cualquier tierra; pero también, donde son estériles, son la sequedad misma y la soledad. En cuanto a la salud, por estar al aire libre y no vaporoso, el lugar alto, el cielo sereno y temperado, podeis estimar que no puede faltar nada para que la vida de los hombres esté bien dispuesta. En el primer viaje que hice a allí con el capitán Testu, uno de los primeros pilotos de nuestra época, descendimos en tres de estas islas amigablemente y con consentimiento de los insulares, cuando el sol estaba bajo el Trópico de Capricornio, distando de nuestro Trópico de Cáncer alrededor de sesenta y siete grados, a pesar de lo cual recibimos del sol, aunque estuviese alejado de nosotros, un calor extremo<sup>[12]</sup>. Esta isla es fértil, entre otras cosas, en buenos vinos, cuya bondad y delicadeza no ceden en nada a la malvasía candiota<sup>[13]</sup>. Los esclavos labran las viñas y hacen casi todos los otros oficios viles; en su mayoría son moros de Africa tomados en diversos lugares, vi incluso cristianos, judíos y otros, peor /fol. 73 r°/ tratados por los españoles que lo son los esclavos de los turcos y árabes. Por otra parte, una decena de nosotros, entre los que me encontraba yo, habiendo puesto al viento nuestro esquife, es decir nuestra pequeña barca, que los antiguos llamaban «lintres» y otros «monoxiles»; cuando nos hallamos mas adentro a medio cuarto de legua de la tierra, con viento del sudoeste teniendo la proa al oeste, cuarto del nordeste, fuimos obligados a reembarcarnos en el navío. Pues de improviso, corridos los

12. Puede tratarse del famoso cosmógrafo Guillaume Testu, o de un familiar de éste que atacó Lanzarote en 1581 (Vid. A. RUMEU DE ARMAS: *Op. cit.*, págs. 626-627).

13. Se admite, generalmente, que este tipo de Vid y el azúcar fueron introducidos desde Madeira, tanto por ser esta isla la pionera en el Atlántico en la importación de productos mediterráneos —de lo que hay constancia en el fol. 70 v°—, como por las referencias a la introducción de plantas de dicha isla por parte de Pedro de Vera (Vid. F. MORALES PADRON: *Canarias: Crónicas de su conquista*. Las Palmas de Gran Canaria, 1978. Págs. 164, 226, 253, 317 y 419. El mismo no fue el único tipo utilizado, pues desde los inicios de la colonización se conocieron otros, como el torrontés (Vid. E. AZNAR VALLEJO: *Op. cit.*, pág. 259).





vientos, la marea comenzó a subir, dándonos tal pavor, que aquel día no pudimos desembarcar en la isla hasta el día siguiente. La isla de Canaria es en algunos lugares arenosa y baja y en otros alta. Se puede ver desde tres leguas en pleno mar y no de treinta, como falsamente dice Jan Lery, a pesar de no haberse aproximado nunca a menos de cien leguas<sup>[14]</sup>. A él, y a todos los otros como él, sin saber y sin experiencia, le respondo que no hay isla en todo el gran Océano ni en otros mares parecidos que pueda verse de treinta leguas, aunque fuesen en el admirable gran barco hecho por orden del príncipe Cajus, que trajo de Egipto un gran obelisco instalado en las Arenas Vaticanas. Si este pobre artesano, que hizo esta isla tan grande, hubiese aprendido la manera de conocer la altura de las cosas perpendiculares sobre el horizonte y tuviese acompasado el cuadrado geométrico de esta isla, no habría lanzado tal mentira. He aquí lo que tenía que descubrirnos de esta Gran Canaria y de las rarezas y singularidades que en ella se encuentran, todo para contentar a quienes quieran arribar allí / fol. 73 v°.

#### ISLA DE TENERIFE

Los primeros que descubrieron Estando en Africa escuché de un trujeman que las Islas Canarias fueron descubiertas por un rey llamado Ursembalon, quien al enviar algunos navíos para traficar con sus vecinos, sobrevino una tempestad en el mar que los condujo hasta esta tierra, que llaman Elbard, a causa de una montaña muy alta que está en nuestro Tenerife, la que llamamos el Pico<sup>[15]</sup>. Al regresar dichos navíos al rey y

14. Se refiere al naturalista francés Jen de LERI, o LERY y a su obra *Histoire des voyages de Jean de Leri au Brasil*. 1578. Tanto él como Thevet participaron en la tentativa de colonizar Brasil, por lo que bien pudiera tratarse de un antagonismo personal o de especialistas.

15. El nombre de Ursembalon no figura en otros autores. El de Elbard es recogido por Viera y Clavijo, como cita de Dapper —médico y geógrafo holandés del siglo XVII—, quien lo utiliza en el mismo sentido (Vid. J. de VIERA Y CLAVIJO: *Noticias de la Historia General de las Islas Canarias*, Santa Cruz de tenerife, 1976 (6.ª ed.) Libro I, cap. XVIII).

las Islas Canarias contarle su descubrimiento, éste envió gentes para poblarlas, esperando sacar algún provecho; así que este nombre Elbard les ha perdurado, como tienen dichos bárbaros en sus historias. De manera que la montaña de Elbard, o del Pico, dió nombre a todas las siete Canarias. Y puede ser que la visitase Solino, puesto que nombra a una de estas islas Nivaria, o Nevosa, dado que, como diremos después, esta isla está sujeta a grandes nieves, de la cual discurriremos después de que hayamos propuesto a quien se atribuye su descubrimiento. De ellas se hablaba ya antes de la época de Julio Cesar, entiéndase incluso desde el tiempo de Homero, como de islas donde (es una manera de hablar) la comodidad y la fertilidad, habiendo abandonado la tierra firme, se habían retirado para vivir. De suerte, que el capitán Sertorius tuvo a menudo la fantasía de retirarse aquí, para estar a su voluntad y campar fuera de la sujeción del Imperio Romano. Sin embargo, el primero que las descubrió con plena consciencia y que envió, o vino en persona, para saber que eran (o al menos que se escondía) fue un antiguo rey de Fez, llamado Juba, que no encontró lo que se decía y, si creemos a Plinio en el trigésimo segundo capítulo del sexto libro de su *Historia Natural*, no vió otra /fol. 74 r/ cosa que dogos y cabras. Después permanecieron casi desconocidas y sin que nadie fuese a ellas hasta el tiempo de Juan, segundo de este nombre, rey de Castilla, que fue alrededor del año mil cuatrocientos y cinco, o bien, como otros dicen, hasta el reinado de don Pedro, rey de Aragón, que fue alrededor del año mil trescientos treinta y cuatro, que fueron descubiertas de nuevo por la navegación de los españoles, y después frecuentadas y por último sojuzgadas, parte por ellos y parte por los franceses<sup>[16]</sup>. Efectivamente hemos leídos en las historias de don Pedro,

16. La supuesta expedición de Don Luis de la Cerda representa una novedad. En cuanto a su fecha, ésta no puede ser 1334, por no haberse iniciado aún el reinado de Pedro IV y porque la investidura a favor del infante se produjo en 1344, (Vid. G. DAUMET: *Louis de la Cerda ou d'Espagne*, «Bulletin Hispanique» (1907). La fecha de la expedición de Bethencourt también es privativa del autor, si bien errónea, tanto por no ajustarse al año exacto de la misma —aunque es más aproximada que la dada por otros autores— como por no corresponder al reinado de Juan II.





cuarto de este nombre, rey de Aragón, que el año mil trescientos treinta y cuatro hubo un gentilhombre español llamado don Luis de la Cerda, que se dirigió a él, hombre de gran experiencia en el hecho de la guerra, quien habiéndose titulado príncipe de Fortuna, pidió al rey la conquista de las islas. La primera a la que fue a echar ancla fue a La Gomera. Allí puso en tierra veinte soldados, pero conforme estos españoles iban descendiendo, los habitantes de la isla les cargaban tan vivamente que la mayor parte quedó sobre el terreno, mientras los otros se salvaron a nado y ganaron las carabelas que estaban en la rada; algunos se arrojaron en tropel en las barcas, y el capitán entre ellos, quien entonces comprendió que había perdido su principado de Fortuna. Y así volvieron todos a España, sin haber ganado otra cosa que golpes. Otros dicen que un día algunos navíos de la isla de Mallorca hicieron un viaje para conquistar dichas islas, pero que toda esta empresa se desarrolló mal y que estos mallorquines fueron vencidos<sup>[17]</sup>. Algunos otros han escrito que el año mil trescientos noventa y tres los de Sevilla y Vizcaya armaron algunos barcos y los equiparon de hombres, caballos y municiones para ir allí. Llegaron a la que se llama Lanzarote y pusieron todos pie en tierra /fol. 74 v°/ decididos a combatir, así que no sorprendieron a sus enemigos durmiendo ni en desorden, de suerte que hubo una áspera pelea y durante bastante tiempo no se sabía quien iba a ganar. Al final, el campo quedó para los españoles y éstos, dejando muchos de sus enemigos muertos sobre el terreno y atemorizados los otros, saquearon la isla y se llevaron muchos prisioneros y gran botín a España<sup>[18]</sup>. Hay otras historias que dicen que el primero que comenzó a conquistarlas fue un gentilhombre francés, llamado Francisco [sic] de Betancourt,

El se-  
ñor

17. Sobre las expediciones mallorquinas, o catalano-mallorquinas, existe una amplia bibliografía, debida fundamentalmente a los profesores Serra Rafols y Rumeu de Armas, a la que nos remitimos.

18. La crónica de Enrique III relata este hecho aunque de forma diferente (Vid. *Crónica del rey don Enrique III*, título XX. En «Crónicas de los Reyes de Castilla». Madrid. B.A.E. 1954). Destaca en la referencia de nuestro autor el carácter frontal del combate entre europeos e indígenas, seguramente diferenciado de los "saltos" de pillaje.

de  
Bethencourt  
gentilhombre  
francés.

normando, el cual vendió un castillo que tenía en Francia y levantó una tripulación y ejército, tal como se necesitaban para tan gran empresa<sup>[19]</sup>. Hizo vela con sus gentes hacia las Islas y conquistó las de Gran Canaria, La Palma y La Gomera, tomando después el título de rey y llevando un obispo español para la conversión del pueblo. Este al morir instituyó a un sobrino suyo como heredero de las islas; pero el obispo obrando de mala fe informó a su rey de las riquezas y fertilidad de aquellas. El cual hizo de inmediato armar tres navíos, que envió allí para apoderarse de ellas<sup>[20]</sup>. Este era el rey Enrique, que obtuvo la corona de Castilla con la ayuda de los franceses, conducidos por Bertrand du Guesclin, condestable de Francia<sup>[21]</sup>. Y entonces, el pobre señor francés viendo que era demasiado débil para prevalecer contra estos desconsiderados, convino con ellos y se pusieron de acuerdo en la suma de dinero, mediante la cual alienaría estas islas al Conde de Nieba, español, cuyos herederos las perdieron hacia el año mil cuatrocientos sesenta y ocho, porque llevaban título de rey contra la voluntad de quien se decía con derecho de soberanía y que los señores de Francia las tenían de él en fe y homenaje<sup>[22]</sup>; por lo que los reyezuelos fueron obligados /fol. 75 r°/

19. La información del autor es correcta en lo referente a la venta de los bienes de Bethencourt y al primer obispo rubicense, pero falla al citar a Maciot de Bethencourt como heredero, y no como lugarteniente, y en la relación de las islas conquistadas (Vid. E. SERRA y A. CIORANESCU: *Le Canarien. Crónicas francesas de la Conquista de Canarias*. San Cristóbal de La Laguna. I.E.C. 1959-65). La relación de las islas conquistadas no corresponde con las también equivocadas de la Crónica de Juan II, tanto en versión de Alvar García como en la de Galindez, por lo que ignoramos si el autor utilizó dicha fuente (Vid. J. M. CARRIAZO: *El capítulo de Canarias en la «Crónica de Juan II»*. R.H.C.» XII, n.º 73 (1946).

20. Se refiere a la expedición de Pedro Barba de Campos, anteriormente citada por la Crónica de Juan II (Vid. J. M. CARRIAZO: *Op. cit.*) y luego recogida por Abreu GALINDO (Vid. *Historia de la conquista de las siete islas de Canaria*. Santa Cruz de Tenerife, 1955 y sigs. Cap. XXI).

21. Error evidente, pues la empresa de Bethencourt en las Islas se desarrolló durante los reinados de Enrique III y Juan II, no en el Enrique II, primer rey de la Casa de Trastámara. Abreu y Galindo comete un error parecido (Vid. *Op. cit.* Cap. VIII).

22. Aunque Juan de Bethencourt se tituló rey, de acuerdo con el carácter de "feudo" de su señorío, los señores castellanos no emplearon dicho título, ateniéndose al carácter "jurisdiccional" del suyo.







Isla  
de  
Fuerte-  
ventura  
y su  
eleva-  
ción

a abandonar este reino y volver a España, donde el Rey les concedió un pequeño condado, que se llama de La Gomera<sup>[23]</sup>. El rey castellano tuvo después grandes guerras contra los insulares antes de imponerse; pero al final, que fue en el año mil cuatrocientos ochenta y seis, tomó plena posesión y goza de ellas desde entonces en paz, todo ello por medio de quienes las conquistaron, que fueron (como he dicho) los señores de Francia<sup>[24]</sup>. Cosa que debe destacarse, tanto para realzar la alabanza de nuestros franceses como para que no se de la gloria de las conquistas a otros que a ellos, a quienes pertenece y que tuvieron el sufrimiento preparando el provecho para otro. Sin embargo, hay quienes abren otro capítulo en estas conquistas y quieren que el señor Bethencourt, teniendo licencia de una reina de Castilla para descubrir nuevas tierras, encontró las dos Canarias que ahora se llaman lanzarote y Fuerteventura; las cuales, después de su muerte, sus herederos vendieron a los españoles<sup>[25]</sup>. Pues La Gomera y la isla de El Hierro fueron halladas por un señor español llamado Fernand Darias y las otras, a saber Gran Canaria, Palma y nuestro Tenerife, fueron descubiertas el año mil cuatrocientos noventa y dos por Pedro de Vera y Alonso de «Lucquo»<sup>[26]</sup>. Entre estas islas la más próxima a Mauritania es la de Fuerteventura, que se encuentra a seis grados de latitud y veintisiete de longitud; la cual tiene cinco leguas de largo y seis de ancho, y, teniendo la cabeza al norte, se extiende a nordeste-sudeste y cuenta con un buen puerto del oeste. Hacia el norte tiene la isla de Lanzarote, que tiene doce le-

23. El título de conde de La Gomera fue, efectivamente, uno de los elementos de acuerdo entre la Corona y los señores jurisdiccionales sobre los derechos a la conquista de las islas mayores, aunque no llegó a expedirse. En cualquier caso, dicho acuerdo se logró a fines de 1476 o comienzos de 1477, no en 1468.

24. Debe tratarse de una confusión entre 1486 y 1496, fecha esta última de la conquista de Tenerife.

25. Se refiere a la reina Catalina, madre y tutora de Juan II, que intervino en la concesión del señorío a Bethencourt (Vid. J. M. CARRIAZO: *Op. cit.*).

26. Debe referirse a Fernand Peraza, aunque se le cambie el apellido por la ulterior unión familiar con los Arias, o Darias, de Saavedra. Como es bien sabido, las islas mayores no fueron «descubiertas» sino «conquistadas» entre 1483 y 1496.

Isla de Lanzarote y su elevación.

guas de largo y siete de ancho, mirando al oeste Gran Canaria, La Gomera, Tenerife y del Hierro. Se encuentra a siete grados de latitud y de veintiocho a veintinueve de longitud, al norte tiene los islotes de «Roxe» [sic] y la Graciosa, y enfrente de la boca que mira al noroeste, el de Alegranza. Esta es la isla de Lanzarote, que el señor Bethencourt conquistó el año de mil cuatrocientos cinco, pero que sus herederos /fol. 75 vº/ vendieron a los españoles, de los cuales vino a los herederos de Fernand Arias de Saavedra, gentilhombre de Sevilla<sup>[27]</sup>. No queda más, pues, que ilustrar nuestra Tenerife, —habiendo hablado de Gran Canaria—, hasta que lleguemos a las islas de La Palma, La Gomera y El Hierro. Nuestra isla de Tenerife tiene una ciudad en una pequeña llanura, próxima al mar del lado del este, la cual puede tener alrededor de cuatrocientos fuegos<sup>[28]</sup>. Allí tienen su residencia los gobernadores de la isla, tanto los temporales como los espirituales. pero antes de pasar adelante, había olvidado decir que el señor François de Bethencourt fue incitado por Robert de Braquemont, almirante de Francia, su pariente, a conquistar estas islas Afortunadas y, entre otras cosas para defenderse de sus enemigos, hizo construir un castillo y fortaleza en la isla de Lanzarote, que había elegido como residencia, del cual castillo se ven aún hoy en día los cimientos y las ruinas<sup>[29]</sup>. Por demás, nuestra isla no tiene ningún puerto, aunque a media legua de la ciudad hacia el norte hay una rada cerca de un pequeño monte, donde los navíos se mantienen con ancla<sup>[30]</sup>. Los españoles han construido allí cer-

27. Vid. nota n.º 26.

28. Cifras muy por debajo de la realidad (Vid. E. AZNAR VALLEJO: *Op. cit.*, pág. 159).

29. Se trata del castillo del Rubicón, con una constatación hasta ahora desconocida (Vid. E. SERRA RAFOLS: *Los castillos de Juan de Bethencourt en Lanzarote y Fuerteventura*. En «Homenaje al profesor Cayetano de Mergelina». Murcia, 1961-62; y J. SERRA RAFOLS: *Memoria de la excavación del Castillo de Rubicón (abril de 1960)*. «Revista de Historia de Canaria» XXVI, n.º 131-132 (1960-61).

30. Parece describir Garachico, por las similitudes con el testimonio de L. TORRIANI en su *Descripción e historia del Reino de las Islas Canarias, antes Afortunadas, con el parecer de sus fortificaciones*. (Santa Cruz de Tenerife, 1959. Cap. LVII).





Error de los que hacen de los canarios idólatras.

Elevación de la isla de Tenerife.

ca, sobre la costa, un pequeño y ruin bastión, en el que tienen algunas piezas de artillería; pero viendo el emplazamiento del lugar, me ha extrañado muchas veces que no hayan construido una buena fortaleza para defenderse contra la incursión de los enemigos, dado que los franceses han ido varias veces a tomar y llevarse navíos en sus barbas, incluso dentro de la rada. En la Historia del Mundo, de Jan de Boesme, el glosador Belleforest cuenta que hay tres de estas islas Canarias pobladas por gente idólatra y lo mismo escribió en la glosa de la Cosmografía, de Sebastián Munster, lo que es muy falso, y lo sé por haber estado en dichas islas, que están todas pobladas por cristianos españoles<sup>[31]</sup>. Otros varios autores se engañan también cuando escriben lo mismo de Gran Canaria, Tenerife y La Palma, dado que allí sólo hay católicos españoles, salvo que por ventura haya algún nuevo esclavo de otra región /fol. 76 r°/ extranjera. Para entrar en nuestro Tenerife, se encuentra seis grados treinta minutos de latitud y veintiseis grados de longitud, y es una de las mas amplias, con cuatro leguas de ancho, y poblada por entre catorce y quince mil almas<sup>[32]</sup>. Hacia el oeste divisa La Gomera, con el frente hacia el noroeste. Puede considerarse como la mas alta, ya que se descubre en el mar desde unas quince leguas de lejos. Hay una fortaleza construida no muy lejos del abra, como nuestro plano os la representa, donde los de la isla se hacen fuertes contra los abordajes y arribadas de los extranjeros<sup>[33]</sup>. En efecto, para gratificarnos, habiendo echado el ancla un domingo por la mañana, comenzaron a acariciarnos muy rudamente a golpes de cañonazos y poco faltó para que prendiesen fuego al navío en el que yo estaba, de tantos cañonazos que recibió. En medio de esta isla se ve

31. Se refiere al viajero alemán Sebastián MUNSTER y a su obra *Cosmographia* (Basel, 1544; traducción francesa *La Cosmographie Universelle*. Bâle, 1556). Vid. además nota 4.

32. Cifras de población bastante aproximada a la realidad (Vid. E. AZNAR VALLEJO: *Op. cit.* pág. 159).

33. Parece describir Santa Cruz, por las similitudes con el testimonio de TORRIANI (*Op. cit.* cap. LIV).

Montaña del Pico

una alta montaña elevada del lado del este, llamada por los bárbaros Teida /sic/ y por antiguos africanos Elbard. Es la que nuestras gentes han llamado el Pico. Es tan elevada, que algunas de las de Armenia, Persia, Tartaria, (no el monte Líbano en Siria ni el de Athos, Ides u Olimpo) u otras celebradas por los historiadores, no lo son ya por lo que ésta contiene; entiéndase incluso los Alpes o los altos montes que separan Francia de las Españas, como lo puedo decir por haber visto la mayor parte. Tiene ésta siete leguas de circuito y seis del pie a la cima. En todo tiempo está nebulosa, obscura y llena de grandes vapores y exhalaciones, y también de nieve, aunque no se vea facilmente, dado que (según su opinión) se aproxima mas que las otras a la región del aire. La causa de esto puede encontrarse también en el asentamiento del monte hecho en forma piramidal, con una altura tal como os la he dicho, que he sabido por gentes dignas de fe e, incluso, por esclavos que han subido allí con el mayor trabajo /fol. 76 v°/ del mundo, habiendo sufrido un frío sin igual y tal que me decían haber sufrido jamas nada tan riguroso. Y porque algunos podrían decirme que el frío del mar es causa de que la nieve se concentre sobre este monte, aunque la región sea cálida, quiero mostraros que en las regiones más cálidas del continente las montañas están cargadas de idéntica blancura. Sé que hay algunos sabios personajes que piensan que no es posible que bajo el Ecuador ni en Etiopía pueda formarse la nieve; pero no se me negará esta máxima: que en los lugares donde se dan los extremos, es no solamente posible sino necesario que el medio subsista. Además se me concederá que la lluvia no es creada de vapor menos frío que una y otra, visto el efecto siguiente: a saber el del granizo, que es una lluvia condensada en hielo, como la nieve (aunque ésta sea cuajada), salvo que el frío no ha mostrado tanto su rigor con ella como en el caso del granizo. Además no se puede ignorar que todo lugar que tiene la misma temperatura que nuestro invierno puede sentir los efectos que percibimos en dicho tiempo, como lluvia, hielos, granizos, escarcha y nieves. En cuanto a las tormentas, rayos y truenos, sé que pueden llegar en épocas relacionadas con el verano, como los habitantes de los montes Pirineos lo

Si es posible que nieve donde hay grandes calores.



experimentan toda la primavera, durante la cual los truenos son tan continuos como en los días más cálidos del verano y durante los ardores de la canícula. Así que si Etiopía está en su invierno tal como consideramos nuestra primavera, relacionado más con el verano que con el frío, será por este medio tan capaz de nieve como de una mayor condensación de vapor, tal como la que se forma en la que causa la nieve. Pues nadie me negará, bien sea bajo los dos Trópicos, bien bajo el Ecuador o en otra /fol. 77 r°/ parte, que donde el aire se enfria por cierto espacio de tiempo, tal como lo sentimos en nuestro invierno, como consecuencia no puedan caer nevadas, como sucede en las regiones mas cálidas que tenemos en nuestra Europa. Pero esto no puede suceder en la llanura de Etiopía, a causa de que el sol está demasiado próximo en cualquier estación del año. Y a pesar de que nunca se aleja más de treinta leguas, mas o menos, la distancia o límite impide el invierno y, por consecuencia, dichas nieves. Esto es completamente distinto en montañas asentadas bajo otra constitución por su excesiva altura y principalmente en aquellas colocadas bajo el círculo del verano, o en su proximidad, que reciben vapores frios y precipitación de nieve cuando el sol entra en el signo de Capricornio; dado que, en aquel tiempo los rayos del sol no pueden alcanzar por su desviación y reflexión la cima y cumbre de aquellas, la naturaleza del lugar recibe las impresiones de nuestro frío y se relaciona con los efectos de nuestro invierno, de tal modo que bajo el Ecuador y los dos Trópicos, a pesar del gran calor que allí hace, las montañas abundan en nieve y sienten los rigores que nosotros sentimos en invierno. Y si me decís que esto no ocurre entre nosotros desde que el sol está en Cáncer, hay una respuesta muy fácil, a saber: que el día es aquí de quince y dieciseis horas, cuando en Etiopía y bajo el Ecuador no es mas largo de doce horas y media, más o menos. Esto hace que el calor no se mantenga tanto tiempo, puesto que la noche es mucho mas fría que el día. Y así sucede que sobre los montes, y en especial en los que están expuestos al norte, cae la nieve y se queda allí, fundiéndose al poco tiempo, poco antes de que el sol entre en el signo de Cáncer; y que por ello, al sobrepasar sus cumbres las nubes, que son



La mon-  
taña  
del  
Pico  
se  
des-  
cubre  
desde  
muy  
lejos.

más acuosas y disueltas hacia las partes expuestas a la sombra, habiendo alguna disposición cálida en la región no es imposible que se engendren nieves allí. De esto darán fe los buenos y amplios testimonios que recuerdo haber deducido en mi /fol. 77 v°/ *Cosmografía*. No dudo que algunos encontrarán extraño lo que he dicho de que desde quince leguas en el mar, más o menos, se ve esta montaña del Pico, dado que es imposible que el alcance del ojo sea tan bueno para poder juzgar tal espacio, dado que el horizonte no se extiende, tal como lo entienden los matemáticos, más de diez leguas. Llamamos horizonte en este caso, no al círculo que divide al cielo en dos partes, sino a aquello que la vista del hombre puede divisar y juzgar por su extensión. Hay quienes se extienden mucho más y juran que en tiempo sereno han visto esta isla de cincuenta y sesenta leguas, pero quisiera que me dieran buena caución y, aún así, tendría dificultad para creerles, especialmente a quienes quieren aplicar esto a la isla. En relación con la montaña, si tuviese que discutir, —experiencia aparte—, sólo querría ponerlos en juego el número de grados computados desde nuestro cénit y punto vertical hasta a aquel de las partes de nuestro horizonte; y estoy contento de concederles su proposición, en razón de que está en plano donde el objeto y reflexión de la cosa mirada son presentados a la vista en línea recta, puesto que nuestro horizonte no puede extenderse mucho más de la distancia concedida por los matemáticos; pero a la gran altura de esta montaña no puedo aceptar estas reglas sobre todo si el juicio que hace sobre el mar, donde los horizontes son de distinta extensión que en tierra. Quienes antaño quisieron saber la altura de esta montaña se vieron en gran azar y peligro para su vida, porque en aquel tiempo había canarios, que no conocían nada de la cristiandad y eran crueles en sobremanera. Al principio, cuando se enviaba gente, con algunos mulos para llevar víveres, se tenía la opinión, al no ver regresar a nadie, que era debido al frío excesivo que les había afectado causándoles la ruina; pero cuando se emprendió la tarea de subir en gran número, se supo que /fol. 78 r°/ eran los habitantes, que jamás pudieron ser sojuzgados por los cristianos y labraban [sic] esta montaña, saqueando a quie-



Pie-  
dras  
poro-  
sas.

nes se aventuraban para descubrirla<sup>[34]</sup>. En ella se encuentran piedras porosas como esponjas, muy ligeras si se considera su proporción, de las que por curiosidad traje algunas, con otras muy raras, que todavía están en mi despacho. Estas piedras tienen un olor sulfuroso, lo que procede de la naturaleza del lugar, que es una mina de sulfuro, donde hay otras muchas minas más provechosas, de oro, plata y varios metales raros<sup>[35]</sup>. Quiero advertir aquí al lector que varios de los que han hablado de estas islas han contado miles de fábulas, entre ellos algunos españoles, como Juan González de Mendoza en su *Historia de la China*, en la que dice que se ven todavía ciertos pueblos, llamados «guanchas», de la raza de los primitivos salvajes que habitaron las islas<sup>[36]</sup>. La mentira es tan atrevida como cuando dice que dichas islas están pobladas por un gran número de camellos<sup>[37]</sup>. A lo que le respondo que no hay más de estos animales que de elefantes, leones, tigres, si no

34. Este pasaje resulta inverosímil, tanto si se refiere a la etapa anterior a la conquista, en la que parece lógico que las expediciones fuesen detenidas antes de llegar a la montaña, como si lo hace a la inmediatamente posterior en la que tal hecho no resultaba factible por la relación de fuerzas existente en la isla (a pesar de constituir los lugares elevados refugio para los indígenas no asimilados). Otro tanto cabe decir de la presunta labranza del Teide.

35. Las posibilidades mineras del Teide alentaron siempre grandes expectativas, aunque nunca tuvieron consistencia real. Considérese, por ejemplo, la concesión en 1515 de las minas de oro, plata, alumbre... de la Sierra del Teide y la Montaña de Armajén, a favor de los licenciados Zapata y Aguirre (Vid. E. AZNAR VALLEJO: *Documentos Canarios en el Registro General del Sello (1476-1517)*. San Cristóbal de La Laguna. I.E.C. 1981, n.º 1088).

36. La cita corresponde al agustino fray Juan GONZALEZ DE MENDOZA y a su obra *Historia de las cosas más notables, ritos y costumbres del gran reino de la China. Con un itinerario del Nuevo Mundo*. Roma, 1585. La posibilidad de que subsistieran auténticas comunidades indígenas en este momento parece remota, aunque perdurasen individuos y elementos culturales de dicho origen. Al rechazo de Thevet y al silencio de otros autores hay que sumar el testimonio de fray Martín Ignacio, que señala en su visita a las Islas «están pobladas por españoles, entre los cuales hay el día de hoy algunos guanches, que están muy españolados» (Vid. BIBLIOTECA ACADEMIA DE LA HISTORIA-Colección J. Bautista Muñoz A/70, tomo 28 [± 1584]).

37. En el Archipiélago existía un importante número de dromedarios, aunque su distribución era muy irregular, al concentrarse la inmensa mayoría en las islas orientales, de donde puede nacer el error del autor (Vid. E. AZNAR VALLEJO: *La integración de las Islas Canarias en la Corona de Castilla (1478-1526)*. Pág. 319).



se les trae de otra parte. Teneis también en la historia compuesta en español por Francisco López de Gomara, que antaño sus habitantes fueron llamados canarios, porque comían como los perros y eran glotones hasta el límite, de tal manera que cada uno devoraba en su comida veinte conejos con un gran cabrón<sup>[38]</sup>. Creed al portador. Como cuando dice que todo alimento que usaban, fuese carne o pescado, estaba crudo por desconocer el uso del fuego. No concedo mayor crédito a tales tonterías, que a lo que cuenta de los pueblos que bordean el río Marañón, quienes cuecen su pan con resina. Le respondo, que los bárbaros que habitan esa región no tienen un solo grano de trigo, sea el que sea, ni tampoco sus vecinos salvajes, y lo sé por haber visitado esos lugares. Dice /fol. 78 v°/ además que en el estrecho austral de Magallanes la gente usa pan de corteza y se visten con trajes de plumas que tienen grandes colas o van completamente desnudos. Este buen personaje se equivoca completamente, mostrando en ello que no viaja nunca, al querer hacer creer que en los dos polos y en sus proximidades la gente anda completamente desnuda, allí donde la mayor parte de los ríos y llanuras están casi todo el tiempo helados. Si esto sucediera así, los habitantes de la isla de Thyle, moscovitas, y los de las islas Orcadas, dinamarqueses, y otros que están casi en la misma elevación que el estrecho de Magallanes, que se encuentra muy próximo del Polo Atlántico, podrían hacer lo mismo. Lo que no hay que creer, como tampoco lo que alega de nuestras Islas Canarias, no sólo como cosa absurda sino como la mas ridícula del mundo. He aquí lo que he querido destacar al pasar, para descubriros las mentiras y falsedades con las que estos vendedores de humo alimentan a los ignorantes.

---

38. La cita corresponde a Francisco LOPEZ DE GOMARA y a su obra *Historia General de Indias*, 1552. En ella se recoge la glotonería de los canarios y su desconocimiento del fuego, aunque en este caso se niega (Cf. F. MORALES PADRON: *Canarias en los cronistas de Indias*. Págs. 201-202).





## ISLAS DE LA PALMA, DE LA GOMERA y EL HIERRO

Segundo viaje del autor a las Islas Canarias.

Elevación de las Islas Afortunadas

Habiéndonos hecho a la vela el seis de mayo de mil quinientos cincuenta y cinco, durante el segundo viaje que hice en este mar océano hacia las partes australes, para encaminarnos y someternos a la ventura de los vientos, tempestades y olas del mar, acompañados de dos navíos, a saber la Rumberge de Saint Malo y el de Bré de Bretaña. El primer día tuvimos buen viento, el segundo aflojó, avanzando nuestro compañero, que estaba detrás de nosotros, tres largas leguas, la siguiente noche tuvimos viento contrario del sur-suroeste, volviendo después al norte, dos horas después pusimos proa al sudente. El viernes siguiente encontramos tres pequeños galeotes de Flandes, que habían tomado un navío de Francia cargado de pescado salado, que venía de Terranova. Yo fui el primero en descubrirlos, desde cuatro leguas en pleno mar. Habiéndolas abordado, al ser los más fuertes tomamos el barco francés que había sido capturado por los enemigos. Desde allí nos hicimos a la vela directamente a las Islas Canarias, distantes de la equinoccial veintisiete grados, y no doce, como algunos ignorantes han dejado escrito, y de nuestra Francia quinientas leguas, más o menos. Habiendo echado el ancla en una de ellas, que es la de Tenerife, una de las mas ricas y bellas, la cual nos apareció desde tres leguas. Teniendo la proa al nordeste nos quedaba al norte, no obstante surcamos tan bien las olas que arribamos y echamos el ancla, donde encontramos dieciocho brazas de agua, queriendo hacer aguada (pués no teníamos más agua). Pero fuimos rechazados a golpe de cañón y combatiendo contra los insulares españoles, uno de nuestros cañones saltó en pedazos, mató al cañonero e hirió a varios. Aquel día, que era un domingo por la mañana, sobre las tres de la tarde [sic], la mar se puso tan alta y espantosa, que los más experimentados marineros, con más de veinticinco años de navegación, decían no haber visto el mar tan furioso en este lugar y no había nadie /fol. 79 r'/ de la compañía tan osado y seguro que no temblase de la aprensión que tenía del peligro, al cual nos veíamos todos empujados. Estando en plena mar tuvimos conocimiento de un navío de cien to-





neladas de Bretaña que venía del Brasil, el cual había cortado su mástil mayor a causa de la tormenta. Finalmente, por tener viento contrario fuimos obligados a regresar y echar el ancla en Canarias, combatiendo en ardua campaña para tener provisiones. Y marchamos a la isla de El Hierro y luego a la de La Palma, donde fuimos bastante bien recibidos. Se encuentra a un grado treinta minutos o dos grados de latitud y veintiseis o veintisiete de longitud. En cuanto a la isla de La Gomera, es una buena isleta y tiene un puerto muy seguro del lado del sur, abundante sobre todo en orchilla, estéril por contra en pan y vino<sup>[39]</sup>. Cerca de allí está la de El Hierro, de poco provecho, a doce leguas al norte de la cual se encuentra la de La Palma, también isla pequeña, pero muy fértil y buena para el pasto<sup>[40]</sup>. La llaman de las Palmas, porque hay en ella sola más palmeras que en todas sus vecinas; la cual fue saqueada en mi tiempo, cuando estaban abiertas guerras entre el Emperador Carlos Quinto y Enrique, segundo, de este nombre, rey de Francia, por un capitán corsario de nombre François le Clerc, llamado Pie de Palo, hombre valiente y sagaz en la marina, con el cual he viajado alguna vez<sup>[41]</sup>. Y para decir la verdad, ésto fue culpa de los insulares, puesto que habiendo bajado a tierra un buen número de hombres para re-

Isla de La Gomera

Isla de La Palma, tomada y saqueada por los franceses.

39. Las excelencias del puerto de San Sebastián y la importancia económica de la orchilla están ampliamente documentadas en otras fuentes. La "esterilidad" debe entenderse como sinónimo de producción limitada y con problemas de abastecimiento en caso de mala cosecha (Vid. E. AZNAR VALLEJO: *La Gomera en el tránsito del siglo XV al XVI. Aspectos económicos*. En «V Coloquio de Historia Canario-Americana» Las Palmas de Gran Canaria, 1985).

40. La importancia ganadera de La Palma es corroborada por otros muchos autores, de los que recordamos, como menos citados, a Pedro de MEDINA (*Libro de grandezas y cosas memorables de España*. Madrid, C.S.I.C. 1944. Cap. XLII) y a Valentín FERNANDES (*Description de la côte occidentale d'Afrique*. Ed. Monod Teixeira da Mota, Mauny. Bissau, 1951. Pág. 105). Véase, asimismo, los testimonios recogidos por F. MORALES PADRON: *Canarias en los cronistas de Indias*, págs. 185-191.

41. Curiosa explicación, en nada ajustada a la realidad, como lo demuestra la actividad militar desplegada por «Pie de palo» en el Archipiélago. (Vid. A. RUMEU DE ARMAS: *Piraterías y ataques navales contra las Islas Canarias*. Madrid C.S.I.C. 1945-1950. Tomo I, págs. 146-158).

Isla de El Hierro.

parar fuerzas y tener vituallas, mediante pago, estos “maestros galantes” comenzaron a tirar con golpes de palanca, arcabuces y flechas sobre los nuestros. La Isla de El Hierro es así llamada a causa de la mina que allí se encuentra<sup>[42]</sup>. La rada en la que anclamos es muy bella y segura para treinta navíos. Hay en ella doce y quince brazas de agua, y en algunos lugares veinte brazas. Anclamos frente a una aldea, que nos quedaba a un tiro de cañón hacia el noroeste<sup>[43]</sup>. Esta isla a pesar de /fol. 80 r°/ ser muy pequeña, con sólo seis leguas de circuito, de que antaño estuvo despoblada y de que se la estime infértil, tiene al presente algunos trigos, caña de azúcar, bastante ganado, frutos y hierbas en cantidad<sup>[44]</sup>. Los esclavos que cultivan la tierra viven de leche y de quesos de cabra. Son fuertes y dispuestos, y maravillosamente bien alimentados, porque la costumbre se convierte en natural y siendo así que la temperatura del aire les ayuda y favorece. Se encuentran en estas islas gran número de asnos, de los que la gente se sirve, y sobre todo en la de El Hierro<sup>[45]</sup>. De forma pareja se aprovechan en esta isla gran cantidad de cueros de cabrones y de cabras, de los que se hacen buenos y perfectos marroquines y cordobanes, sebo y buenos quesos. Las gentes son de diferentes lenguas (los unos de los otros), como

42. Aunque comúnmente se admite la filiación entre la palabra «fer» (hierro) y el nombre de la isla, parece más lógico establecerla con la acepción de herradura, alusiva a la forma de la isla, que con el propio mineral o su extracción, a pesar de la opinión de VIERA Y CLAVIJO (*Op. cit.*, Libro I. Cap. XXII).

43. Esta aldea es, sin duda, la actual Valverde, pues todos los autores de la época señalan la existencia de una única aglomeración de población.

44. La importancia del ganado, con sus derivados, y la existencia de una corta producción de cereal están ampliamente documentadas, no así la existencia de caña de azúcar, ausente en otras fuentes y cultivo muy exigente en agua. Todo ello queda patente en la información sobre el mayorazgo del conde de La Gomera, en esta isla y la de El Hierro (BIBLIOTECA ACADEMIA DE LA HISTORIA — Colección Salazar y Castro, M-11 — parcialmente publicada por C. FERNANDEZ DURO: *Canarias en el siglo XVI*, «B.R.S.G.M.» 1883, XV, 2.º). Véanse también, a modo de ejemplo, los testimonios recogidos por F. MORALES PADRON: *Canarias en los cronistas de Indias*, págs. 185-191.

45. Esta afirmación y la inmediatamente posterior parecen tomadas de Ca'da Mosto (Vid. nota n.º 4).





Armas  
de los  
Cana-  
rios

lo son en España, y se entienden muy poco, no teniendo más que tres plazas fuertes y amuralladas, el resto de la gente vive en cabañas y aldeas<sup>[46]</sup>. Bien es cierto, que tienen refugios en los montes donde es imposible asaltarlos a causa de las dificultades de los accesos. Cuando antiguamente iban a la batalla portaban ballestas de madera y saetas del mismo material, herrados en la punta y bien afilados. Usaban también lanzas y dardos hechos de idéntica materia. Eran grandes expertos en arrojar piedras. Cuando iban al combate se pintaban de diversos colores. Asaltaban a sus enemigos de noche, a fin de sorprenderlos<sup>[47]</sup>. Se casaban con varias mujeres, pero el rey o señor tenía la primera ocasión, a fin de disponer de la esposa a su discreción<sup>[48]</sup>. Esto sucedía cuando vivían a la morisca y no eran cristianos, al igual que los de Africa que eran sus vecinos. Cuando alguno moría le bañaban en el mar y viendo que el cuerpo estaba bien seco por el ardor del sol, pulveriza-

Ceremo-  
nias  
de los

ban la osamenta, cuyo polvo, con el del resto del cuerpo, metían en sacos hechos de cueros de cabras (de los que tenían abundancia), que encerraban en sus salas, compuestas

46. Esta singular noticia puede referirse a la existencia en las islas mayores, por su reciente incorporación y por su mayor número de habitantes, de grupos de población diferenciados; aunque también puede tratarse de una pervivencia de referencias a indígenas. Las tres plazas fuertes mencionadas deben ser Santa Cruz de La Palma, Las Palmas de Gran Canaria y Santa Cruz de Tenerife (esta última como puerto y defensa de San Cristóbal de La Laguna) que concentraban la mayor parte de la población, y, por ende, de la riqueza y de las obras de fortificación (Vid. E. AZNAR VALLEJO: *La integración*... Págs. 159-165).

47. Las referencias a las armas de los aborígenes coinciden con las de otros autores, salvo en el dislate de las puntas ferradas, ya que las mismas eran de cuernos de animales o producto del endurecimiento de la madera al fuego, si bien en este último caso se califican de "tan penetrantes como el hierro". Las notas sobre ataques nocturnos y pintura aparecen tomadas de López de Gomara (Cf. F. MORALES PADRON: *Canarias en los cronistas de Indias*. Pág. 202), aunque ya CA DA MOSTO había citado la pintura corporal (Vid.: *Op. cit.*, cap. VII).

48. Esta costumbre está recogida por la práctica totalidad de los autores a partir de las Crónicas de la Conquista (Vid. F. MORALES PADRON: *Canarias: Crónicas de su conquista*).

Falta, por contra, en viajeros anteriores, como Ca da Mosto, Eannes de Zurara o Diogo Gomez.

anti-  
guos  
Cana-  
rios  
res-  
pecto  
a los  
muer-  
tos.

/fol. 80 v°/ en su mayoría por grutas<sup>[49]</sup>. Allí permanecían largamente estos cuerpos sin corromperse, tanto por la serenidad del aire como por haber salido del humor corruptor, tenerlos al fresco de la noche y a que también la sal de la mar beneficiaba en algo. Se engrasaban el cuerpo, brazos y piernas para endurecerse para el trabajo, con cierto ungüento compuesto de sebo de cabra y jugo de ciertas hierbas, yendo casi siempre completamente desnudos o vestidos simplemente con pieles de las citadas cabras con su pelo<sup>[50]</sup>. Eran los mayores comilones que se puedan encontrar y principalmente de carne, hasta el punto de devorar cada uno lo de seis de la Esclavonia, que eran considerados como muy grandes sarcófacos [sic]<sup>[51]</sup>. La isla de El Hierro es famosa entre las restantes de Canarias, porque por ella pasa la línea meridiana que separa el espacio de longitud, a saber el este del oeste, como está anotado en nuestros mapas<sup>[52]</sup>. Para poder dar mas clara explicación de esto al lector, he querido redactar aquí un pequeño discurso para explicar el uso de los planos, que nos ahorrará el trabajo de reiterar este mismo propósito. Hace falta, pues, señalar que en los mapas universales, que se llaman Mapamundi, están representados los Polos del Mundo, la equinoccial y el meridiano fijo, con los cuatro círculos menores de la Esfera, mediante los cuales los antiguos dividie-

Discur-  
so  
sobre  
los  
pla-  
nos

49. La descripción de nuestro autor coincide con la de López de Gomara en el baño de mar (Cf. F. MORALES PADRON: *Canarias en las crónicas de Indias*. Pág. 202) y precede la de fray Alonso de ESPINOSA en la confección de sacos (Historia de Nuestra Señora de Candelaria. Santa Cruz de Tenerife, 1952 Pág. 45), pero difiere de ambos en la pulverización de la osamenta, lo que, por otra parte, es incompatible con la momificación (salvo en el hipotético caso de que se trate de dos ceremonias distintas).

50. Tal práctica parece copiada de López de Gomara (Cf. F. MORALES PADRON: *Canarias en los cronistas de Indias*. Pág. 201) También presenta cierto parecido con la recogida por Munster, que indica que mezclaban barro con jugo de frutas, para combatir el frío (Vid. *La Cosmographie Universelle*, Libro VI, págs. 1327-1328).

51. Esclavonia o Esclavonia, tierra de los eslavos e importante proveedora de esclavos, a quienes dió nombre. Vid. Nota n° 38.

52. Esta cifra muestra que los geógrafos franceses utilizaban el meridiano de El Hierro con bastante anterioridad a la ordenanza de Luis XIII que así lo dispuso (1634). (Vid. J. VIERA Y CLAVIJO: *Op. Cit.*, Libro I, cap. III).



uni-versales

Grados de longitud y de latitud.

Utilidad de los mapas.

ron la tierra en cinco partes, que llamaron zonas o bandas, de las que las dos comprendidas entre los círculos polares y los trópicos fueron llamadas templadas, y las que se hallan dentro de los polos frías, no de tal frialdad como estimaron los antiguos, y la tórrida, o tostada, entre los trópicos. Además están señalados otros círculos llamados climas y paralelos, mediante los cuales se ve la diferencia de días de un país a otro, a saber: los climas por media hora y los paralelos por un cuarto. Los círculos meridiano y equinoccial también están divididos en trescientas sesenta partes; las de la equinoccial son llamadas grados de longitud /fol. 81 r°/ o de largura de la tierra, que se comienzan a contar de izquierda a derecha, desde el contacto, o cruce, que hace el meridiano fijo al pasar por las Islas Afortunadas sobre el de la equinoccial; y las otras partes del meridiano fijo son llamados grados de latitud, o anchura de la tierra, tomados de norte a sur, a saber desde la línea equinoccial hasta el Artico, noventa grados, y desde este Polo Artico, que es el que nos es enseñado, o el otro, que por su gran distancia no nos aparece en la parte posterior hasta la línea susodicha, otros noventa grados, y desde aquí al Antártico, otros noventa grados, y finalmente otros noventa de este punto a la equinoccial, que hacen en conjunto trescientos sesenta grados. Por estos grados de longitud y anchura se ve claramente las diferentes posiciones de cada país, ciudades, embocaduras de ríos, promontorios, islas y otras partes especiales y singulares; igualmente los países que gozan de una misma temperatura o rigor celeste y en los que el sol sale a la misma hora y tienen mediodía al mismo tiempo; también con que diferencia sale o se pone el sol de unos a otros, los que se conoce con los grados de longitud, de los que el sol pasa quince en cada hora. Por otra parte, con estos grados se juzga las distancias de una ciudad a otra y en conjunto la magnitud y extensión de los comarcas. Puesto que quienes han reducido la descripción terrestre por arte y medida, entre otros Tolomeo, en lo poco que pudo conocer de ello, y en nuestro tiempo Pico de la Mirandola, han observado que cada grado de la equinoccial o del meridiano corresponde a sesenta mil itálicas, treinta lenguas francesas, veinte comunes y quince germá-



Observaciones buenas y de provecho para los pilotos.

nicas, puesto que todos los mapas, sean generales o particulares, están ordenados por tales observaciones, como dicho es, toman con el compás todas las distancias que se desean saber, sea de una ciudad a otra, u otros lugares y, después las transportan sobre los grados de meridiano o /fol. 81 v°/ equinoccial y según el número de grados, o parte de éstos, que abarcan tales distancias juzgan cuantas leguas contienen. A saber, si es solamente un grado dirán que son sesenta mil itálicas, o treinta leguas francesas, o veinte comunes, o quince germánicas. Si dos grados, ciento veinte mil itálicas, sesenta francesas, cuarenta comunes, o treinta germánicas. Así hay que estimar todas las distancias, según el número de grados de latitud. Digo de latitud por la mirada de los particulares fuera de la equinoccial, dado que los de longitud fuera del plano de la equinoccial se alteran y pierden su valor. Pués éstos, que tienen sesenta grados de latitud en su cénit, en este punto (los dichos grados de longitud) no valen mas que medio de la equinoccial, o del círculo meridiano, y a sesenta grados de latitud un tercio. En cuanto a otros mapas particulares hechos solamente para la observación de los ángulos de posición, o por relación con las leguas comunes del país, se aplica en algunos ángulos de ellas la escala de leguas comunes del país; las cuales son cómodas de usar. Finalmente, se puede obtener de los planos bien ordenados esta comodidad que cualquiera puede ir toda la región descrita en él, incluso cuando nunca hubiese estado; lo mismo hace el piloto en las regiones lejanas por la dirección de su carta marina y brújula. Por otra parte, antes de abandonar estas islas es preciso que diga algo de las fuentes celebradas por algunos por estar en estas islas. Pomponio Mela dice que hay dos fuentes, vecina una de otra, cuyo natural es admirable y no sin causa, si lo que cuenta fuese verdadero; una de ellas, si alguien bebe de ella le induce a reír de tal manera que es el último de sus pasatiempos si no se le da rápidamente de la otra. No ignoro que existen maravillosos milagros en las aguas y tan sorprendentes como éste, caso del de la fuente que está cerca de Sens, ciudad antigua y recomendada, y en /fol. 82 r°/ otros lugares, donde el agua tiene una maravillosa fuerza contras las fiebres. Y en las montañas de Li-





Pomponio Mela podría haberse confundido.

Árbol maravilloso en la Isla de El Hierro, que sirve de fuente a los insulares.

dia, en la Pequeña Asia, llamadas Gallad, es gran cosa ver pescado en aguas cálidas y sulfurosas, el cual si lo haces cocer y comerlo pierde todo su sabor y sustancia. Por ello, no me sorprendería de estas fuentes citadas por Mela, si dijese en que isla de las Afortunadas están, pero es imposible que los modernos, que son tan curiosos y que han leído sus libros no hayan hecho toda diligencia para asegurarse de la verdad de una cosa tan notable. No me preocupa tampoco que se diga que este autor era español, pues si miente hará otra cosa distinta de su oficio. Pero si se quiere que otorgue fe a lo que él cuenta, hace falta que se me de una razón a cambio, que sea un poco mas sólida; dado que en su tiempo no había ninguna de estas islas que estuviese descubierta, y que vivió bajo el imperio de Claudio Nerón, sucesor de Calígula y padre del cruel Nerón. Si estas fuentes estaban en Canarias puede ser que fuese en un lugar tan oculto que nadie entró nunca salvo él, que nos las fantaseó así. Lo mismo que los que publican las singularidades del árbol que consideran que está en la isla de El Hierro, del que dicen que destila continuamente agua por sus hojas, en tal abundancia que no solo basta para los habitantes de la isla, sino que serviría para proveer a mucha más gente, si la hubiese<sup>[53]</sup>. He aquí lo que cuentan de este árbol maravilloso, que es de mediana altura, que tiene la hoja casi como la del nogal, aunque es un poco mas grande. Está rodeado en todo su perímetro de un recinto de murallas, al modo de una fuente, donde el agua que destila de sus hojas cae y se recoge. Lo que verdaderamente me parece digno de admiración, es decir que no se pueden encontrar (según cuentan) en aquella isla otra agua que la que destila y gotea de este árbol prodigioso. Lo representan siempre cubierto y rodeado de una espesa bruma, excepto durante el día cuando el sol comienza a /fol. 82 v°/ calentarse, en que parece que esta nube se haya deshecho y consumido poco a poco. Cuando los españoles se hicieron dueños de esta-

53. He aquí una nueva aportación a la interminable disputa sobre la existencia del Garoé. La versión aquí recogida es la que posteriormente citará Viera y Clavijo como de Dapper (Vid. J. de VIERA Y CLAVIJO: *Op. cit.*, Libro IV, Cap. XVIII).



Isla  
en la  
que  
no  
se en-  
cuen-  
tra  
ni  
pozos  
ni  
fuen-  
tes.

isla se sorprendieron grandemente al no encontrar fuentes, pozos ni ríos. Cuando preguntaron a las gentes de la isla donde se proveían de agua, les respondieron que recogían agua de lluvia y la guardaban en ciertas vasijas para su uso. pero hay que hacer constar, que para hacer aceptable su excusa habían cubierto previamente su árbol milagroso de cañas, tierra y cosas parecidas, considerando que cuando los españoles no encontrasen agua dulce en toda la isla la abandonarían de inmediato y se irían. Pero su intención, con la que pensaban burlar a los españoles, no les sirvió de nada. Pues hubo un español al que una mujer de la isla, con la que tenía conocimiento familiar, le descubrió el secreto de este árbol. Este tan pronto como lo supo fue a decírselo al capitán, quien no pudo contener la risa cuando lo escuchó, considerándolo una fábula, a pesar de lo cual lo hizo descubrir y realizó la experiencia. De ella todos los españoles quedaron maravillosamente sorprendidos. Sin embargo, la mujer que había descubierto el secreto no mantuvo mucho tiempo sin castigo su pecado. Pues los principales de la isla habiendo sabido que era ella quien lo había manifestado la hicieron morir secretamente. He aquí lo que se cuenta de las maravillosas de este árbol, que me son difíciles de creer, tanto como las fuentes con sabor a vino, y que embriagan a quienes se cargan de algo más que de razón. Para concluir, antes de abordar nuestra isla de El Hierro os aparece hacia el sur, a media legua al oeste, una gruesa roca separada de tierra, bastante cerca del puerto, que no es demasiado bueno por las arenas y que sólo tiene ocho brazas de agua. Esta isla de El Hierro es la menor y menos frecuentadas del conjunto. No es tormentosa y el aire es allí siempre muy bueno.

